

# EL CACTUS Y LA CONSTELACIÓN

Entrevista a Pablo Ires  
por Guillermo García Pérez

Pablo Ires, editor de Cactus, una de las editoriales más originales de Latinoamérica, visitó la Ciudad de México hace unas semanas. En esta entrevista explica la forma de construir un catálogo editorial y cómo ese catálogo puede convertirse en un agente político.

No se necesitan muchas preguntas para que Pablo Ires, fundador de Cactus (junto a Sebastián Puente, Manuel Adduci y Yasmín Fardjoume), comience a hablar sobre su labor en la destacada editorial argentina, responsable de introducir en las librerías de Hispanoamérica textos de pensadores raros, olvidados por el canon de la filosofía occidental. Se reconoce en él ese entusiasmo de una persona que ha descubierto un pequeño tesoro y busca compartirlo, con todos sus detalles, con el resto de la cuadra. Así explica la orientación editorial de Cactus: “Había una línea quebrada, no muy establecida pero interconectada, de pensadores que habían quedado como velados detrás de las tradiciones hegemónicas (kantiana, hegeliana, existencialista, fenomenológica, heideggeriana, marxista). Nosotros percibíamos una línea que iba de Spinoza, pasando por un Nietzsche de otro cariz, hasta Bergson y, más cerca de nosotros, William James, por ejemplo”.

El trayecto de Cactus comenzó con un viejo conocido, Deleuze, presentado, sin embargo, en una faceta que el mundo editorial en español no había recogido: el de sus clases. Leibniz, Rousseau, Foucault, el cine, la pintura... los temas del Deleuze docente son amplios y contienen un dinamismo particular, lo que a su vez singulariza su experiencia de lectura. Pronto, la atmósfera construida por Deleuze empezó a interconectarse, como en sinapsis, con muchos otros autores, que ahora son habitantes comunes del mundo de Cactus: Gilbert Simondon, David Lapoujade, Gabriel Tarde, Henri Meschonnic, Fernand Deligny, Jakob von Uexküll, hasta conformar una red de alrededor de 80 títulos publicados hasta la fecha.

“Una línea de pensamiento de un vitalismo particular, donde concepto y afecto están irremediablemente juntos, donde razón y sensibilidad no están partidas de un hachazo; nuestra intención inicial fue esa, recuperar pensamientos que estaban soterrados tras el manto de esas hegemonías, que fueron nefastas para la vida política de los siglos XIX y XX. En sociología es famosa la controversia entre Durkheim y Tarde: el que triunfa irremediablemente es el tipo que da un campo de certezas y de posibili-

dades para que una disciplina tenga normas de validación, y se articule con el campo de dominación del momento de un modo no problemático, ése era Durkheim; el que planteaba un *ethos* mucho más extraño para la sociología, que hablaba de deseos, creencias, flujos de invención, y que por lo tanto era acusado de psicologista, era Tarde que, por las vueltas de la vida y de los tiempos, es ahora recuperado”.

Si desplegáramos los libros editados por Cactus, y los imagináramos escritos por una misma persona, reconoceríamos cierto vocabulario, ciertas imágenes recurrentes, tal vez un tanto esquizofrénicas, pero provenientes de una pulsión común. Por ello, creo que puede considerarse a Cactus (incluidos sus editores) como una especie de entidad autoral de muchos brazos, y como uno de los proyectos editoriales más originales de Latinoamérica: “No es que nosotros descubramos cosas”, puntualiza Ires, “es que vivimos en una época donde estos tipos están emergiendo por todos lados, en las lecturas de compañeros y compañeras”.

El editor argentino visitó la Ciudad de México hace unas semanas, pretexto perfecto para mantener la siguiente conversación.

*Desde México siempre nos llama la atención la vitalidad del mercado editorial independiente de Argentina. ¿A qué atribuyes este dinamismo? Y en ese contexto, ¿qué significa ser un editor hoy? ¿Cuál es su importancia social y cómo puede establecerse como un agente político?*

El nivel de osadía que existe en Argentina para impulsar proyectos editoriales, grupos pequeños que arman proyectos más o menos interesantes, pero con mucho trabajo encima y mucha originalidad, efectivamente es sorprendente (del año 2000 a la fecha deben haber surgido 50 o 100). Hay muchos factores por los que uno puede renegar de la patria, o de una nacionalidad, pero si hay algo que rescatar de Argentina es esa vivacidad intelectual. Creo que responde a una tradición y a una idiosincrasia local de traducir a Europa; puede ser una falla pero a la vez provee de un arsenal teórico para ponerlo a funcionar en la realidad de cada país. Cuando en Cactus traducimos a los franceses, a los alemanes o a los italianos siempre intentamos que se conviertan en una caja de herramientas para pensar nuestro presente, pensar políticamente el país. Este año, por ejemplo, vamos a publicar un libro de Negri sobre Marx y Foucault, y le pedimos a Diego Sztulwark que hiciera un prólogo para aterrizar esas

ideas en Argentina: los textos deben tener esa capacidad de articulación, de inserción, de composición con los problemas que existen en el país.

Nuestro caso en particular fue fruto de una irresponsabilidad. Comenzamos el proyecto de Cactus con muy poca experiencia en el mundo editorial; nos topamos con las clases de Deleuze y empezamos a trabajarlas sin saber si se iban a convertir en libros, avanzamos sin preguntar mucho. Creo que lo que siempre definió nuestro avance fue una especie de plebeyismo y de autodidactismo: dos de los tres traductores de la editorial, por ejemplo, aprendimos a traducir traduciendo, no teníamos formación profesional; hubo ahí una especie de anarquismo. Lo relaciono con el *general intellect*, están ya las capacidades para trabajar los textos y no tenemos que pedirle permiso ni plata a nadie. También vinculo ese impulso con cuestiones políticas de Argentina, como las revueltas del 2001: hay momentos de sublevación que son momentos de creación.

*De Cactus rescato, primero, la construcción de su catálogo; imagino cada uno de sus libros como impregnados de una atmósfera común, muy útil para proponer diálogos entre cada título. ¿Cómo construir un catálogo? ¿Cuáles son los mecanismos a implementar y los materiales de los que valerse?*

Nosotros usamos un par de imágenes para contar cómo se fue tramando o tejiendo el catálogo, cómo se fue armando progresivamente: la constelación y la telaraña. Una red sin centros, con algunos nodos pero con articulaciones que no están prefijadas. Un periodista alguna vez nos provocaba y nos decía: pero todos estos autores estaban previamente en la cabeza de Deleuze. Y sí, es un poco su cerebro, aunque hay autores de los que él no habló, pero

que para nosotros forman parte de la misma constelación. El catálogo también es como un cerebro donde hay neuronas y sinapsis que a nosotros se nos van haciendo evidentes con el tiempo, por suerte, porque eso hace posible que encontremos personajes en el camino. Yo tengo una fe absoluta en que aún hay descubrimientos por hacer de personas que estén siguiendo estas sinapsis, estos hilos.

*También me parece que han afrontado un reto: conformar ese catálogo a partir de autores, digamos, extemporáneos (hay textos actuales, pero también del siglo xx, muchos del xix, algunos otros anteriores: Spinoza o Bruno), sin clasificarlos como rescates o clásicos, sino poniéndolos en tensión con el presente. ¿Cómo lograr estos saltos temporales sin descontextualizar los textos?*

Nuestra prioridad es dar cuenta con cada libro de esa línea quebrada que hace saltar el tiempo de sus goznes. Es como la existencia de otro tiempo, un tiempo no cronológico. Hay momentos clave: a finales del siglo xix y principios del xx hay un nudo (Bergson, James, Papini, Whitehead), un momento donde se condensan corrientes temáticas, que provocan a su vez bifurcaciones. Siempre en la historia se intenta establecer un *statu quo*, pero siempre hay que tratar de ver su bifurcación, cuál es la línea que queda velada.

*Incluso me parece que publican nociones, como las de Giordano Bruno respecto a la magia, que una historia de la progresión racional de las ideas descartaría de antemano. ¿Qué historia o qué temporalidad o qué espacios construir para que esas ideas sean nuevamente pertinentes y potentes?*

Hay una idea de Deleuze que es la de salir de la filosofía *por* la filosofía. La filosofía, en la concepción de Deleuze, no puede existir sin una relación con la no-filosofía, con un afuera de la filosofía. La filosofía hegemónica es claramente un adentro; si se mide con el afuera es siempre en función de consolidar lo que está adentro. Aquí, en cambio, hay una idea de permeabilidad, de membrana, en la cual la filosofía misma debe construir su propio afuera.

El libro de Bruno está lleno de barbaridades, visto desde la óptica de la filosofía racional es prefilosófico y preracional pero, a la vez, si pensamos en una gran cantidad de fenómenos que definen el modo en que se articula la materialidad presente, en el modo en que la tecnología circula o en el modo en que las subjetividades se interrelacionan, quién puede negar que la magia tiene relación con esos vínculos y con el lazo político de dominación.

Son momentos donde el tiempo se hace vertical; eso está teorizado por otro autor que hemos publicado, Charles Péguy: el tiempo deja de ser una línea horizontal y se vuelve un tiempo del acontecimiento, hiende la línea horizontal con una vertical. Ahí pasa algo distinto. Nosotros no teorizamos, sólo tratamos de dar cuenta de ese movimiento de pensadores que elaboraron una concepción del tiempo no hegemónica, que ahora se está redescubriendo.

Hay algunos pensadores que sitúan esos textos de Bruno como una especie de alternativa a *El príncipe* de Maquiavelo. De nuevo tendríamos la bifurcación: la política moderna occidental reconoce a *El príncipe* como el origen de la política moderna, eso permea en el marxismo a través de Gramsci, etc., pero hay una línea velada donde *De la magia* y *De los vínculos en general* son textos fundantes de otro concepto de la política. Cuando uno observa el modo en que actualmente se trabaja sobre las sensibilidades, sobre nuestras almas, para abrocharnos en la servidumbre, en la pasividad que es necesaria para la dominación, uno puede distinguir los efectos de magia que existen en la política; son efectos que han sido estudiados, como en el caso del carisma, por ejemplo. Desde ahí yo no lo vería como texto esotérico, sino justamente situado en una línea no obvia de pensamiento.

“Nosotros usamos un par de imágenes para contar cómo se fue tramando o tejiendo el catálogo, cómo se fue armando progresivamente: la constelación y la telaraña. Una red sin centros, con algunos nodos pero con articulaciones que no están prefijadas.”

*Tengo una especie de fórmula que utilizo en mis lecturas: cuando no sé del todo qué hacer con una idea o con un concepto, lo considero una buena señal. Lo menciono a propósito de otro leitmotiv en su catálogo: “la cuestión del alma”, para citar a Gustav Fechner, otro autor que han editado. Un tema tan apasionante como espinoso. Tan “de otra época” como contemporáneo, por todo el tema del carácter político de los afectos y de las sensibilidades militantes, etc. ¿Por qué volver al concepto y cómo evitar que se banalice?*

Lo primero que decís es importantísimo: la confianza. Para nosotros, en Cactus, es una de las cosas más importantes; lo dice Deleuze en otra clase: cuando se encuentren con un autor que parece raro o con algo que suena confuso, no objeten de entrada, porque ese autor tendrá sus razones; hay que ver cómo funciona en su sistema, e identificar el nivel en el que habla, porque en los grandes pensadores hay muchos niveles sucediendo. En lugar de objetar, hay que confiar, ver hasta dónde llega, y si no va con vos, si no vibras con ese pensamiento, si no te funciona para tu vida, bueno, descartalo, hay otros que te funcionarán.

Nosotros a veces leemos algunas líneas de Fechner y pensamos: acá qué dice, está loco... Con muchos autores nuestros tenemos esa sensación, incluso con algunos que no son del estilo de Fechner, yo leo textos de Simondon y a veces pienso: este vínculo es imposible... Ahí hay un gusto filosófico, a mí me gusta que suceda eso pero hay gente que no lo puede tolerar; no es algo que de entrada esté bien o mal. Es como cuando hay un estallido social: nosotros vivimos el 2001 como una fiesta, hubo gente que lo vivió con angustia, que necesitaba reconducir la crisis hacia una estabilidad mínima; con los pensamientos pasa igual: hay pensamientos que desbordan, que son excesivos, que contienen un nivel de espesura que nos lleva a crisis incluso personales.

Nosotros creemos firmemente que hay un espiritualismo materialista, que el alma es algo muy físico, aunque no a la manera de los modos de existencia materiales: hay modos de existencia frágiles, que requieren de una atención perceptiva especial, porque si no nos pasan por el costado. Todos los filtros mentales del ser humano están orientados a no reconocer la existencia de estas existencias virtuales, que no se actualicen en ningún momento: las visiones, las ensoñaciones, no son imaginarias, son existentes, son físicas... qué decir de eso, debe confiarse en que hay más que lo que nuestra inteligencia recorta habitualmente para que podamos manejarlos en el mundo (como diría Henri Bergson en *La evolución creadora*). Existe la telepatía, dice Bergson... ah, bueno... todo esto tiene el riesgo de ser banalizado por el *new age*, el esoterismo, etc., pero a la vez tiene un costado muy serio; a nosotros nos interesa incluso como provocación. En general queremos evitar las banalizaciones de un espiritualismo separado de lo material y, al mismo tiempo, las de un materialismo pesado que se asuste todo el tiempo por lo que no puede controlar. Ese dualismo es el enemigo de todos esos pensadores.

*Me interesa su colección de Clases. Textos, podríamos decir, que no fueron escritos. ¿Qué potencia reconocen en ese tipo de transmisión de ideas? Una potencia que tal vez no se encuentra en la escritura.*

Los libros que escribe Deleuze te los tira como una pedrada a la cabeza, es muy hermético, muy macizo, y no siempre presenta la cocina previa. Nosotros descubrimos a través de sus clases que el tipo cocinaba ahí, dando cursos maravillosos, de una vida complejísima. Uno sospecha que él sabía el 90% de las cosas que iban a pasar en el curso, pero también que se ponía en disposición de desviarse de su línea principal ante la interpelación de un estudiante, ante una objeción,

la cual podía provocarle mucho enojo pero que reconducía mediante otra elaboración teórica. Descubrimos que el concepto de diagrama está preparado en las clases, que los tomos sobre cine están cocinados en los cuatro cursos que dio en 1982, lo mismo el libro sobre Foucault o el concepto de pliegue en Leibniz. Las clases tienen un dinamismo interno que no tienen los libros y hay mucha gente que vibra más con ellas.

*Explican así otra de sus colecciones, Occursus: “No es la comunidad o el acuerdo lo que cuenta, sino la inestabilidad insalvable, el cortocircuito”. Desde esa idea, entrecruzan autores, personajes o especies... Primero: ¿qué hacer con la comunidad desde esta posición?, ¿cómo pensarla? Y, segundo, ¿qué le sucede a la izquierda si retiramos este concepto? Y es que sospecho que en Cactus no se reconocen en esa categoría de militancia.*

Uno siempre piensa en la comunidad en términos cuantitativos o acumulativos. Yo creo que hay que apartarse de esa idea, y de las ideas de “formar comunidad” o de “hacer política”. Desde ellas, ser pocos o estar marginalizados o aislados es causa de angustia. Nuestra generación estableció rupturas muy fuertes y afirmativas respecto a la idea de una comunidad formateada a priori por un partido o por el Estado, con sus niveles de jerarquización y de dominación que obturaban cualquier posibilidad de comunidad real. Al mismo tiempo, en la práctica política de la comunidad estamos todavía en pañales.

En Cactus tenemos la tendencia a aislarnos un poco en nuestro trabajo, a focalizarnos en las líneas de pensamiento que van surgiendo; tratamos de ser muy fieles al hecho de que las relaciones que surjan estén habilitadas por un funcionalismo, que marchen, que sucedan, si no pasan no hay que

forzarlas, así como no hay que forzar comunidad. Existe el riesgo de volverse cínico y no estar atento y abierto a la permeabilidad entre experiencias, pero el tema clave es no priorizar la intención de vínculo sobre el vínculo mismo. ¿Cómo sucede el vínculo? No hay receta; la comunidad es como el amor: va a pasar si tiene que pasar. Me parece que el marxismo y las tradiciones políticas que sobrevivieron durante mucho tiempo deberían rehacerse o deconstruirse, como está de moda decir ahora, a partir de un estricto funcionalismo.

Spinoza dice algo maravilloso respecto a la relación entre amistad y comunidad. Cuando él piensa en las distintas formas políticas, llama la atención sobre el concepto de amistad: hay que ir más abajo para pensarla, hacia algo más relacionado con la composición y la descomposición, con lo que aumenta o disminuye mi

potencia de ser; no hay cálculos, no hay intención, cuando una amistad sucede es porque yo me encuentro con el otro o la otra y algo eleva mi amplitud de existencia, mi alma se ve aumentada, soy mejor cuando estoy con esa persona, en cambio si estoy con aquel otro tengo que conjurar sus efectos negativos, porque me descompone. Es una cuestión bien física. En la comunidad política es distinto porque somos más, ahí no podés tener un millón de amigos, como dice la canción [risas], pero es una dimensión que existe y una política que no la tome en cuenta es problemática, porque podría quedar como una entidad sectaria, aislada, como una cofradía. Spinoza dice: lo que sería deseable es que cada vez fuéramos más cuerpos componiendo, en un cuerpo político ampliado hay más alegría que en la soledad. Pero siempre siendo estrictos en evitar el atajo: si no pasa, no pasa.

“¿Cómo sucede el vínculo? No hay receta; la comunidad es como el amor: va a pasar si tiene que pasar. Me parece que el marxismo y las tradiciones políticas que sobrevivieron durante mucho tiempo deberían rehacerse o deconstruirse, como está de moda decir ahora, a partir de un estricto funcionalismo.”

*Con algunas excepciones, prácticamente no cuentan con autores argentinos o latinoamericanos en su catálogo. No es que sea una obligación, evidentemente, pero me gustaría saber la razón.*

Es verdad que siempre nos costó con lo argentino; en las facultades, los profesores están muy atados a ciertas tradiciones políticas argentinas que no son las nuestras, no tenemos rai-gambre con ellas. Un marxismo muy diverso, un peronismo que atraviesa varias capas intelectuales y culturales, no nos reconocemos mucho en esos linajes, aunque evidentemente hay figuras que respetamos muchísimo: León Rozitchner, David Viñas, Ricardo Piglia,

Horacio González, Christian Ferrer... pero queríamos tener cuidado en no quedar alineados con guetos y cosas así. En relación a lo latinoamericano es directamente un déficit investigativo nuestro, todavía no llegamos a hurgar en su arsenal, como sí lo hicimos en el europeo. Pero a la vez también somos muy estrictos en no forzarlo, tendrían que aparecer textos que hagan sinapsis con la línea quebrada que intentamos dibujar. Nuevamente: si no va, no va. LT